

CORREO DE LAS LETRAS

"LAS AFUERAS" de L. Goytisolo Gay

De la obra «Las afueras» de Goytisolo se desprenden varias y diversas enseñanzas, y alternativamente concurren a las mismas signos positivos y adversos.

Primeramente debe decirse que esta novela en lo que atañe al campo de la construcción literaria como trasfondo de un estado de ánimo, al hacerse eco el mismo de un sentir determinado de la estructura social, es una obra básicamente conseguida, y que responde al motivo que ha llevado a la editorial Seix-Barral a instituir este premio «Biblioteca Breve», cuyo primer ganador ha sido este joven novelista, autor del libro que comentamos. Este premio se propone descubrir entre nosotros escritores que vayan «a la page», o que estén «a la page», de las corrientes novelísticas del mundo literario actual. Debemos reconocer que es esto una gran misión, un gran respeto a nuestro tiempo y a la calidad intelectual de nuestros contemporáneos, que con la pluma como arma esencial tienen la misión de dejar constancia de las reacciones de nuestras generaciones jóvenes, ante toda la problemática del sentir y el escribir contemporáneo. Nótese que apunto «escribir» ya que hoy en día los recursos de estilo tienen una importancia primordial, y el tema hoy en manos de un escritor de genio, puede que sea ya una simple anécdota, que se vista con la personalidad de un ropaje literario hecho de empuje, de transcendencia y de misión, y no preñado lastimosamente de lugares comunes.

La obra «Las afueras» descubre a un escritor muy joven. Hombre de nervio que no incurre en la descarnada aridez objetiva que caracteriza a la narrativa de ahora. Goytisolo con una prosa sin complicaciones, llana y con frecuencia emotiva, se sitúa en el campo sensibles de las cosas, de los hechos y de las situaciones, y contiene su fibra emocional de una forma muchas veces feliz. En su exposición de los hechos se nota a veces

el esfuerzo de contención que de su personalidad debe hacer, para permanecer fiel a un estilo, a este estilo de ahora tan peligroso, pozo sin fondo, donde tanto debe exponer el escritor para que la esperanza no cruja de una forma definitiva en una lastimosa crisis de espíritu constructivo. Porque en resumen novelar es construir, construir al hombre como testimonio subjetivo, aunque los medios técnicos de que se valga el escritor sean descaradamente marginales, y de un objetivismo muchas veces falaz en su mismo peligro.

Del prurito incontenible de explicar esta intimidad inexplicable, a veces, que caracteriza el subjetivismo de la existencia, pasamos a este objetivismo, el de Alain Robbe Grillet en Francia, y ahora el de Goytisolo entre nosotros, que se caracteriza, en especial el del joven escritor galo, por su árida visión del objeto —que culmina en su reciente obra «La celosia» — como testigo que refleja lo abrupto de una conducta humana que siempre linda en el campo de lo inexplicable. El objeto reacciona en Grillet totalmente deshumanizado, y se manifiesta dramáticamente como cosa, como realidad inexcrutable. Goytisolo en cambio se mueve en otro campo que casi diríamos echa de menos el subjetivismo, el de la intimidad del hombre que humaniza los objetos que le rodean.

Goytisolo, inmerso en la técnica objetivista, la última reacción contra el sujeto como especulación de espíritu, no puede pese a ello salir airoso totalmente de esta obsesión suya, ya que su prosa no es un depurado exponente de esta forma actual de novelar, sino que ofrece una variante que hace mucho más inteligible la temática de su obra, y se nos presenta como un escritor mucho más personal, pulsando resortes muy propios. Y en posesión de una visión amplia de ciertos estratos de nuestra sociedad.

La obra nos presenta un número determinado de personajes, muchos de ellos con igual nombre, inmersos en diferente contexto de situación social. Los

mismos sufren, luchan, y son falsamente felices alrededor de un ambiente que inconscientemente han creado, pero que les absorbe y les despersonaliza. Estos hombres y estas mujeres más que personajes son obsesiones de una realidad, y por serlo les hiere los ojos les hace hervir la sangre en una santa monotonía de tiempo, ya ciego desde siempre.

La obra consta de siete capítulos, todos ellos independientes entre sí, pero que forman un tono social espectacularmente resuelto. Hay en la obra un personaje, Mingo Cabot, cuya aridez de sentir y de existir alcanzan niveles extraordinarios. Aparcero de una masía que encuentra prácticamente abandonada, juega el esfuerzo de su vida en hacer rendir una tierra que por mucho tiempo permaneció despechada. Viudo, con una hija en edad de casar, y con un hijo casi un guiñapo humano, Mingo Cabot intenta sobre una tierra yerma encontrar olvido a su drama familiar, y al inexcrutable abandono del lógico equilibrio. Despreciando la ayuda de los demás, y teniendo que bajar la cabeza ante las recriminaciones de la propietaria de la finca, por el poco rendimiento que se saca de la misma, Mingo Cabot prosigue su lucha sorda con la esperanza de que cuando se case su hija hallará en el yerno una sólida ayuda. La hija mantiene relaciones a escondidas con un aparcero joven, con quien el padre está despechado por el trato de un tractor que debían comprar entre varios. Dineta no ha dicho nada a su padre. Este se entera. La echa de casa. En su abandono Mingo Cabot consume tristeza, y tiene casi como único sostén un puñado de tierra, que también le ciega los ojos al amor de la hija.

«Las afueras» pues, tiene valores apreciables, y es en definitiva una obra conseguida. Esperemos futuras publicaciones de Goytisolo, y veremos si mantiene, mejorándola, esta línea que ha esbozado magníficamente en esta novela, exponente entre nosotros de algo que está en el ambiente, y que hay que esforzarse en justificar y definir.

Luis Bosch C.